

CONSIDERACIONES SOBRE EL ACERVO MATERIAL CERÁMICO IBÉRICO EN LA PROVINCIA DE MÁLAGA

Manuel Perdiguero López
Arqueólogo

RESUMEN

Las producciones del acervo material cerámico de los núcleos humanos asentados, entre los siglos VIII a.C. y II d. C., en la actual provincia malagueña, producciones inherentes a sus idiosincrasias, fundamentan, mediante la aproximación a sus posibles procedencias, las propuestas que, en torno a las rutas y vías de relación y comercio, materializan y canalizan las influencias coadyuvantes en la formación y desarrollo de la cultura ibérica en estas tierras.

PALABRAS CLAVE

Aratispi, Eubea, meandros verticales, oppidum, semicírculos concéntricos pendientes, *skyphos*, estilo “narrativo”.

ABSTRACT

The production of the ceramic material heap found in the human settlements placed in the province now known as Málaga, between the VIII century B.C. and the II century A.C., an inherent production in their idiosyncrasy, founds the suggestions made about the trade routes which materialize and canalize the influences on the formation and development of the Iberic culture in these lands.

KEY WORDS

Aratispi, Eubea, Vertical Fretworks, Oppidum, Concentrical Pending Semicircles, Skyphos, Narrative Style.

INTRODUCCIÓN

La manifestación de una cultura viene fundamentada, entre otros aspectos, en la existencia de un substrato ideológico y material consecuente, sobre el que han actuado factores idiosincráticos de adaptación al medio, a los influjos de relación y/o presión de otras culturas, y de evolución socio-política, todo enmarcado en un espacio y un tiempo definidos.

Qué duda cabe que el medio condiciona al hombre, y que éste, a su vez modifica, en mayor o menor cuantía, el medio en el que se asienta; interrelación que se traduce, en primera instancia, en patrones de asentamiento y producción, que se verán así mismo modificados por las estructuras sociales de relación, poder, competencia o emergencia. Así mismo, y tomando en consideración al medio y su resolución en unidades comarcales, éstas influirán en cierto modo en la distribución del poblamiento. (Escacena, J. L. 1985).

La realidad histórica de la cultura ibérica, aquella definitoria de unos pueblos cuyo solar, siguiendo las fuentes de los autores antiguos, se extendía a lo largo de una amplia franja mediterránea peninsular, ha sido preponderantemente perfilada, durante un dilatado período inves-

tigador, mediante los aportes materiales de culturas foráneas que en ciertos momentos históricos se relacionaron con ella. Con estos aportes se ha intentado envolver, e incluso en parte definir la cultura ibérica. Tal situación ha motivado que los préstamos del acervo material, y las ideologías que lo sustentan de aquellas otras culturas, y que en la mayoría de los casos fueron modificados por el elemento autóctono en función de sus prioridades, hayan sido atribuidos, como meras variantes, a las manifestaciones propias de esas culturas foráneas. Con lo que se consigue ocultar en parte la existencia del legado de unas sociedades heterogéneas, cuyas raíces se hunden en la vieja Iberia, que si en algo pueden ser tachadas es de haber sido capaces de asimilar y transformar, conforme a sus intereses, todas aquellas influencias que en el tiempo fueron llegando a estas tierras.

Dentro del marco espacial, y refiriéndonos ya a la realidad geográfica malagueña, sus tierras quedan definidas por las unidades territoriales de la franja costera mediterránea, relacionada a su vez con los cursos fluviales del Algarrobo, del Vélez, del Guadalmedina y gran parte del Guadalhorce; y las llanuras septentrionales, conformadas principalmente por la Vega de Antequera, y la Depresión redondeada al Noroeste. Estas unidades se hallan separadas por la cordillera Penibética, formación orográfica con diversos pasos naturales, entre los que resaltaríamos el del Guadalhorce, que propician la comunicación entre una y otra zona.

En ellas, el fenómeno histórico de la cultura ibérica se manifiesta como el resultado complejo de interacciones culturales establecidas, en ciertos aspectos, en paridad, entre las gentes del horizonte autóctono del Bronce Final Reciente, definido en estas tierras como comunidades periféricas del foco cultural del Bajo Guadalquivir (Perdiguero, M. 1991-92), aunque en ciertos enclaves del área

oriental de la provincia, se apuntan relaciones con tipologías cerámicas del Bronce Final del Sureste, en concreto con yacimientos granadinos (Suárez, J.1992), por un lado, y el mundo colonial costero, con sus novedosas aportaciones, y su dinamismo cultural, por otro.

La delimitación en el tiempo de esta cultura, y especialmente la formación de la misma, su génesis, ha sido objeto de estudios y sistematizaciones que remiten a los siglos VIII-VII a.C. (Arteaga, O. *et al.* 1975). La inestable situación de mediados del siglo VI a.C. (Aubet, M. E. 1986), con la reestructuración territorial y organizativa de los asentamientos indígenas y coloniales (Marín, M. C. 1996), coincide con la culminación de la formación de las comunidades ibéricas (Recio, A. 1996), así como con los influjos, de aun no precisada entidad, del elemento cartaginés (López, J. L. 1992 y Marín, M. C. 1996). Las confrontaciones de intereses a finales del siglo III a.C. entre Cartago y Roma en estas tierras (Perdiguero, M. 1984-85 y González, C. 1996), motivará, con la nueva situación surgida con la conquista romana, la lenta disolución de la cultura ibérica en el proceso romanizador consecuente, fenómeno que perdurará hasta los primeros siglos de nuestra Era (Recio, A. 1996).

EL CUADRANTE TECNO CERÁMICO

La reconocida importancia de la cultura material de un grupo humano concreto, y en particular, de su cuadrante tecnocerámico, radica en que es un exponente tangible de manifestaciones específicas del devenir de ese grupo, así como ser fiel reflejo del carácter y de los avatares de las gentes que lo portan. Es por ello que se convierte en un factor referencial de aquellos grupos asentados en un medio geográfico concreto, durante un período temporal concreto.

Si bien, en ciertos momentos, los conjuntos cerámicos, incluidos en el legado material de las comunidades humanas con un adecuado nivel de desarrollo, fueron considerados como el principal soporte, cuando no el único, incluso solamente sus atributos formales, para el estudio y aproximación al conocimiento de esas comunidades, en detrimento de las valoraciones de otras manifestaciones materiales de la cultura estudiada; no debería por ello, considerando las reacciones consecuentes, relegarse en modo alguno. Más bien, y bajo nuevas ópticas de análisis, seguir valorando el caudal de información que son susceptibles de aportar gracias, entre otros aspectos, a su perdurabilidad y a ser exponentes de una parcela inherente a los conceptos y modos de vida de las gentes que los producen o aceptan. Por ello, las inferencias extraídas de los datos que ofrece el acervo material cerámico, tanto en los registros secuenciales de excavación como en los superficiales, deben valorarse dentro de un plano que trascienda su propia realidad material y ser abstraídos como manifestaciones concretas de las necesidades de ciertos grupos en ciertos momentos y ante ciertas circunstancias.

Dentro de esa concepción, los atributos significativos de los recipientes cerámicos, como las formas y las capacidades, sirvan de ejemplo, son respuestas resueltas por cada comunidad humana en función de sus idiosincrasias y de sus imperativos.

Actualmente se cuenta con una amplia bibliografía científica donde los materiales cerámicos del horizonte indígena del Bronce Final y del horizonte colonial fenicio del período comprendido entre los s. VIII y VI a. C., son tratados en profundidad y amplitud, fruto de la atención y el interés dedicados a este segmento histórico en la actualidad. Bástenos pues aquí un somero recorrido por los principales hitos y manifestaciones de dichas culturas, coadyuvantes

de primer orden en la gestación de la cultura ibérica.

EL HORIZONTE INDÍGENA DE LOS SS. VIII-VI A. C.

Por lo que respecta al horizonte autóctono, substrato humano que recibirá el impacto del mundo colonial costero desde principios del s. VIII a. C., el panorama actual en la provincia, lejos de responder a una situación satisfactoria en lo referente al conocimiento en profundidad de sus diferentes manifestaciones culturales: sistema político-social, bases económicas y de producción, ritos necroláticos, etc., ofrece actualmente, en cambio, un *status* que dista mucho del existente hace apenas unos decenios. Así, dentro de esta nueva situación de creciente interés histórico-arqueológico, se está detectando, entre otros aspectos de investigación, un horizonte ocupacional inserto en la franja costera integrado por grupos portadores de pautas culturales del Bronce Reciente tartésico (Efrén, L. *et al.* 1997, y Villaseca, F. 1991), que nos está acercando a la posible realidad histórica.

Si bien es verdad, que dichas investigaciones están basadas en un amplio porcentaje en prospecciones superficiales, en definitiva, es resultado de esa atención y labor investigadora que vienen realizándose últimamente en este litoral malagueño. Y que está poniendo de manifiesto la existencia de un cierto control de la zona por parte del elemento autóctono (Aubet, M. E., 1997), el cual se encuentra ya establecido en algunas áreas costeras a la llegada del elemento colonial, el cual se sitúa, según se interpreta en algún enclave, como “barrio” del asentamiento indígena (Suárez, J. *et al.*, 2001).

Las comunidades humanas del Bronce Final asentadas en las tierras malagueñas, tanto en momentos anteriores como coetáneos al establecimiento de las colonias semi-

tas, poseen, integrantes de su cultura material, un acervo cerámico a mano definido que, entre otras manifestaciones, las caracterizan y personalizan.

La relación de la mayoría de los asentamientos autóctonos malagueños con las pausas culturales del Bronce tartésico, por lo que respecta al acervo material, se fundamentan, en un plano global, en las similitudes observables en los tipos y formas de sus cuadrantes tecnocerámicos, pero a su vez manifiestan ciertas diferencias palpables entre los yacimientos provinciales y aquellos otros del Bajo Guadalquivir, por cuanto en los primeros, es notoria la ausencia de materiales cerámicos señeros tales como las facies con decoración bruñida o pintada tipo Carambolo, tan características en los asentamientos andaluces occidentales, que hacen pensar, como indicábamos líneas arriba, en un cierto carácter local o periférico de las comunidades de las tierras malagueñas con respecto al foco cultural tartésico.

En estos asentamientos, y para momentos fijados en los ss. VIII-VII a. C., el panorama cerámico a mano detectado, manifiesta en su conjunto una uniformidad en la concepción de sus patrones, que en líneas globales, como ya indicamos, quedan relacionados con el acervo cerámico del Bajo Guadalquivir, apreciación que no excluye ciertas formas y decoraciones distintas documentadas en algunas zonas concretas que, por su escaso porcentaje, sólo añaden connotaciones de posibles corrientes de relación de no muy conocido peso, al menos en el estado de investigación actual. Nos referimos a los materiales con decoraciones del tipo “boquique”, remitidos a ambientes meseteños (Aguayo, P. *et al.* 1987), o formas, éstas más ampliamente documentadas, relacionadas con el Bronce Final del Sureste de las tierras granadinas, casos como Los Castillejos de Teba, con tipos de paredes verticales y bordes exvasados (Gar-

cía, E. 1993-94), como Aratispi, Antequera, donde se documentan recipientes abiertos con carenas medias, en la base del estrato del Bronce Final con materiales a torno (Perdiguero, M. 1991-92), también en Peña de los Enamorados, Antequera, (Moreno, A. 1982-83), en Cerro de Capellanía, Periana, en el que se han detectado influencias del Sureste. Resaltándose aquí el control de la vía natural del río Cazín, acceso a las tierras interiores granadinas desde la franja litoral por los pasos penibéticos de Zafarraya, Cómpeña y Frigiliana (Martín, E. 1993-94), en la costa, en Morro de Mezquitilla, donde sus excavadores relacionan con la zona granadina las formas a mano documentadas en el enclave, (Shubart, H. 1985). En suma, presencia de unos materiales cerámicos que, independientemente que reflejen unas relaciones de aún no sopesada entidad, parecen manifestarse con mayor incidencia en la mitad oriental de la provincia, a una y otra vertientes de la Penibética y en la costa. Así mismo se detectan, en cuanto a las raíces de este acervo material cerámico del Bronce Final, ciertas concomitancias morfológicas, bien con las anteriores facies del Bronce Pleno en el área Noroccidental de la provincia (Carrilero *et al.* 1996), bien con perduraciones de los últimos estadios del Cobre en algún punto de la zona central provincial (Perdiguero, M. 1989-90).

Como respuestas a las necesidades del hábitat, las comunidades indígenas producen dos definidas facies tecnocerámicas: las de superficies tratadas y las de superficies groseras. Las primeras, obtenidas mediante espatulado, alisado, bruñido o pintadas, acabado superficial empleado tanto en formas de pequeñas capacidades: platos y fuentes, como en los más amplios recipientes de cuellos acampanados, generalmente en zonas del cuello y del borde; tratamiento al que acompañan, en algunos casos, decoraciones grabadas de metopas o triángulos rellenos con líneas

paralelas, realizadas una vez cocida la pieza. Prácticamente, la mayoría están confeccionadas con unas arcillas que incluyen desgrasantes de cuarzo y esquisto, cuyos gruesos varían en función de la delgadez de las paredes del recipiente elaborado. Las segundas, de superficies groseras de aspecto y tacto arcillosos, de capacidades medias y pequeñas, se decoran con cierta frecuencia con improntas e incisiones de muy variado carácter, generalmente alrededor del cuello. Son elaboradas con arcillas que presentan los mismos desgrasantes que la facies anterior, a las que se les aportan pequeños nódulos de cuarzo.

Estos productos, en principio, cubren las necesidades, tanto cotidianas, ligadas al ámbito diario doméstico, como a más amplio plazo, relacionadas con procesos productivos y de almacenaje. En cambio, es significativa la palpable ausencia de contenedores destinados al transporte, pues los recipientes de amplios volúmenes propios de las facies cerámicas indígenas, no poseen ninguno bocas y bordes susceptibles de ser tapados con, al menos, un cierto grado de estanqueidad. Como por otro lado no hay elementos de juicio suficientes para suponer unas comunidades autosuficientes, no sería desacertado admitir el uso de otros contenedores no cerámicos en el proceso de intercambios caso de odres o sacos, para el transporte de cualquier especie y cuantía. Quizás pudieron ser estas circunstancias, junto a los productos que contenían, los que motivaron la pronta aceptación de los novedosos contenedores cerámicos a torno coloniales (Aguayo, P. 2001), cuyas bocas eran fácilmente taponables, así como sus asas, susceptibles de ser también empleadas para la fijación o anclaje de la tapadera.

La rápida aceptación del torno por el elemento autóctono a partir de principios del s. VII a. C., reproduciendo las formas coloniales y confeccionando así mismo con la nueva

técnica sus anteriores recipientes a mano, complementadas con las decoraciones zoomórficas y fitomórficas de raigambre oriental, es un proceso apreciado en los registros secuenciales de los asentamientos indígenas de esos momentos, período Orientalizante, junto con la paulatina disminución de las cerámicas a mano. Proceso de asimilación que finaliza, con las últimas producciones de las facies groseras a mano autóctonas, en momentos del s. VI a. C. Las diversas opiniones acerca de la adscripción de estas facies a mano, de perfiles básicos y fundamentalmente práctica, parten de su constatación, tanto en contextos autóctonos del Bronce Final, en los que las cerámicas a torno pueden o no acompañarlas, como en los registros de los enclaves costeros coloniales, donde coexisten con estas cerámicas. La afinidad formal, especialmente de las ollas groseras de perfil en “ese”, con aditamentos o sin ellos, documentadas en uno u otro horizontes culturales dificulta tal adscripción. Su amplia presencia temporal, desde momentos anteriores a la colonización, y su coexistencia como facies de cocina con los materiales a torno en los asentamientos indígenas del interior, caso de Aratíspi, habría que considerarlas como manifestaciones de una producción inmersa en la tradición tecnocerámica autóctona (Perdiguerro, M. 1993-94).

Por otro lado, esa rápida aceptación de las pautas tecnocerámicas a torno por el horizonte indígena, reflejo del complejo proceso de interacciones apreciadas durante los ss. VIII-VII a. C., estaría ligada, y en cierto modo posibilitaría, entre otras manifestaciones, a la proliferación de pequeños asentamientos agrícolas en torno o cercanos a un núcleo principal, en los que las actividades consecuentes de almacenaje y transporte serían cubiertas por los nuevos contenedores. Proliferación interpretada por algunos autores como respuesta a la necesidad de aumentar la producción por la

demanda colonial (Recio, A. 1996), o motivado por el aumento demográfico, consecuencia de un mejor aprovechamiento de los recursos agrícolas (Carrilero, M. *et al.* 1996), o bien por ambas circunstancias (Aguayo, P. 1997).

Es en momentos del s. VI a.C. cuando se aprecian en los registros arqueológicos de las secuencias, alteraciones y cambios significativos, tanto en los enclaves coloniales como en los asentamientos autóctonos. En esta línea, la situación gestada y potenciada desde el s. VIII y durante todo el s. VII a.C., por el fuerte revulsivo colonial, su implantación y sus posteriores inmigraciones, contestado por el elemento indígena mediante el aumento de la producción agrícola, en la que está inmersa la puesta en cultivo de nuevas áreas y la proliferación de pequeños núcleos de hábitats, aldeas o como se les ha llamado, cortijadas, mantenidas por una nueva clase aristocrática que halla su sostén en el control de los novedosos bienes, tanto de consumo como tecnológicos, y en su posterior redistribución, sufre, a comienzos del s. VI a. C., unos importantes cambios que acaban con el diseño político, económico y social establecido. Consecuencia de ello es el abandono de los pequeños asentamientos agrícolas y la centralización, como materialización del poder y la seguridad, en el *oppidum*. Se aducen para estos cambios, entre otras razones, el agotamiento del modelo económico, al no poderse sostener la producción demandada, o bien el incremento del protagonismo aristocrático, probable consecuencia de la situación anterior, materializado en su expansión territorial en función de captación de nuevas áreas productivas, lo que originaría inestabilidades sociales, algunas de carácter bélico. Posiblemente esta situación es la que queda reflejada en el *oppidum* de Aratispi, en su transición al período cultural del Ibérico Pleno. (Perdiguero, M. 1993-94).

EL HORIZONTE COLONIZADOR. SS. VIII-VI A. C.

Por otro lado, la presencia del elemento colonial semita en nuestras costas, factor desencadenante de la dinamización del mundo autóctono a partir de los comienzos del siglo VIII a. C., y de cuya imbricación surgirá la gestación de la cultura ibérica en las tierras malagueñas, se está manifestando con la densidad y el abigarramiento que las fuentes antiguas nos transmitieron. Desde mediados de la década de los setenta, cuando se descubre el yacimiento fenicio de la desembocadura del Guadalhorce, en momentos en que los investigadores comenzaban a dudar de los datos de esas fuentes, se polariza prácticamente todo el esfuerzo e interés de los estudiosos hacia ese horizonte cultural y hacia la franja costera donde se asentaban. Desde esas fechas, han proliferado las investigaciones y las publicaciones consecuentes.

Las diversas hipótesis elaboradas para la interpretación de los motivos que originaron la expansión colonial de Tiro hacia el extremo occidente, giran, según algunos autores, en torno al protagonismo asirio y su creciente presión sobre la zona aledaña a ella, otros, en cambio, atienden prioritariamente al propio dinamismo tiro y sus circunstancias desencadenantes (Aubet, M. E. 1987-a). Sin entrar en ello, y obviando el período de los tanteos y contactos preliminares lógicos, englobados en el concepto de precolonización (Shubart, H. 2001), los primeros enclaves fenicios establecidos en las costas malagueñas quedan evidenciados en sus registros arqueológicos desde comienzos del s. VIII a.C. Sus patrones de asentamiento siguen las pautas propias de estas gentes: isla o prominencia cercana a la costa, ensenada o abrigo marítimo en las inmediaciones de la desembocadura de un río, tierras aledañas fértiles susceptibles de ser labradas y pastoreadas y posibilidades de acce-

so hacia las tierras interiores. Les acompaña en un principio, el acervo material de su cultura. Así, y con respecto al material cerámico, de antigua y depurada técnica a torno gestada en los alfares del oriente mediterráneo, especialmente las facies documentadas en Tiro III-II, horizonte cultural datado entre 740-700 a. C. (Bikai, P. 1979), tiene su correspondencia y constatación en los primeros y más antiguos materiales cerámicos documentados en estos enclaves coloniales malagueños, integrados principalmente por las facies rojas, las cerámicas sin tratamiento superficial, de tacto arcilloso, y las decoraciones policromas. Pero estos materiales serán prontamente producidos o elaborados en esta tierra con las materias primas recabadas de ella. Caso de las facies grises (Roos, A. M. 1982), materiales frecuentes en los contextos coloniales e indígenas, cuyas raíces, por su formas, color y técnica, se hacen proceder del horizonte cerámico indígena (Shubart, H. 2001).

Si bien estos asentamientos, según algunos autores, podrían obedecer a funciones de “puertos de tránsito” hacia Gadir (Moscati, S. 1992 y Aubet, M. E. 1987-b), hitos de protección del tráfico marítimo, o bien, arranque de rutas terrestres alternativas, caso de Malaka, simultanearon desde un principio esos cometidos con la realización de unas actividades de intercambios con el entorno indígena de proporciones y alcances no preconcebidos, pero sí impuestos ante las necesidades básicas de subsistencia de la comunidad colonial. El presumible poblamiento indígena de las tierras cercanas al litoral, cada vez más documentado arqueológicamente, fue el “obligado” receptor de los productos de los primeros intercambios: alimentos básicos agropecuarios por producciones manufacturadas y alimentos elaborados. Entre ellos tendrían un lugar destacado los recipientes cerámicos así como sus contenidos (Aguayo, P. 2001). Situación que no tarda en modificarse gracias

a la pronta asimilación y producción de las nuevas tecnologías por el elemento indígena, y contestado por la rápida obtención de recursos agrícolas por el elemento colonial al poner en explotación las fértiles tierras de su entorno. Posiblemente estas circunstancias motivarían, entre otras, la llegada de nuevas oleadas de campesinos entre mediados del s. VIII y la primera mitad del VII a.C. (Marín, 1996). Inicios de un proceso, en parte, dialéctico (Carrilero, M. *et al.* 1996) que relaciona, con cierto carácter de paridad, a los dos horizontes culturales.

A partir de la presencia de los enclaves fenicios más antiguos en las costas malagueñas, Morro de Mezquitilla y Chorreras, de principios del s. VIII a.C., seguidos por los de Toscanos y Cerro del Villar, de la segunda mitad de dicho siglo, los registros arqueológicos de los asentamientos autóctonos malacitanos, comienzan a evidenciar las relaciones con dichos enclaves gracias a la presencia de materiales cerámicos a torno de esa procedencia. Este período, va a manifestarse en la costa, durante el siglo VII a.C., con un desarrollo en extensión de los centros mencionados así como la creación en su periferia de otros asentamientos de menor entidad, y con la aparición de nuevos elementos de su cultura material. Cambios que algunos autores fundamentan en una nueva expansión colonial (Arteaga, O. 1987), otros aducen la llegada de una segunda oleada de colonos orientales, junto con el crecimiento de los propios enclaves (Aubet, M. E. 1987-b), o matizándose el carácter agrícola de aquellos (González, C. *et al.* 1989). Dentro de esta dinámica, a finales de ese siglo es cuando se constatan los aportes comerciales griegos materializados en sus producciones cerámicas (Cabrera, P. 2001; Suárez *et al.* 2001), documentadas en los registros de los enclaves costeros (Martín, J. A. *et al.* 1992). Son momentos de pleno auge del horizonte colonial, que perdurará en

progresión hasta la segunda mitad del s. VI a.C., fechas en las que se asiste a una serie de reestructuraciones y cambios de tipo económico y social. Situación denominada por algunos autores como crisis del siglo VI (Aubet, M. E., 1986), coincidente, en el interior, con las tensiones producidas por la diferenciación de la clase dirigente periférica ante el ente de gestión centralizado (Recio, A. 1996). y con las primeras manifestaciones del elemento cartaginés en estas tierras, que se traduce en la llegada de grupos de inmigrantes cuyos cometidos y actividades no quedan aún suficientemente explicitadas (Marín, M. C. 1996).

EL HORIZONTE CULTURAL IBERO-PÚNICO DEL S. VI A.C.

Las intensas relaciones, en todos los ámbitos, entre las dos culturas, la indígena y la colonial, a lo largo de los siglos VIII-VI a.C., indicadas aquí someramente desde sus propias perspectivas, serán elementos coadyuvantes, con sus aportes culturales y en parte étnicos, en la formación de un nuevo horizonte cultural homogéneo caracterizado, entre otras manifestaciones de orden social, político, económico, urbanístico, doméstico, funerario, etc., por la plena implantación del cuadrante tecnocerámico a torno de raigambre colonial desde, al menos, finales del s. VII y la totalidad del VI a.C. Horizonte cultural detectado en Aratíspi en un nivel de habitación relacionado con estructuras rectangulares construidas mediante zócalos de piedras sin trabajar, sólo careadas, y trabadas con barro, de aproximadamente 20 m² de superficie. En este nivel, se aprecian las últimas manifestaciones de las cerámicas a mano, en concreto la facies grosera de superficies arcillosas remitidas al conjunto de ollas y cazuelas, de raigambre indígena, junto al pleno apogeo de las facies a torno, de claro influjo tecnológico colonial.

Este conjunto lo integra un variado repertorio tipológico destinado a cubrir las necesidades del hábitat: platos y cuencos tratados con engobe rojo, platos con pozo central pintado en rojo, platos carenados con decoración lineal en negro, pequeñas tazas y cuencos de cerámica gris, amplias cazuelas de borde engrosado y aplastado, decoradas con trazos en negro, jarros con borde de sección triangular, alguno con decoración esteliforme en la zona del hombro, vasos globulares con bordes exvasados y decoración lineal horizontal en rojo, y cuencos de borde engrosado, decorados con líneas horizontales de color negro. Completando el conjunto cerámico, los recipientes más voluminosos destinados al almacenaje y transporte: ánforas carenadas del tipo A-1 de Mañá y las ánforas tipo Cauche. (Perdiguero, M. 1993-94).

El repertorio material consignado está relacionado con unos momentos de prosperidad en el asentamiento, a tenor de la palpable ampliación del hábitat, en el que se aprecia la amalgama de los influjos coloniales, ya plenamente asentados, por un lado y por otro, las viejas pautas indígenas de finales del Bronce. Amalgama que manifiesta un horizonte cultural de definida personalidad y expansión, que participa en la actividad comercial de tránsito y consumo de las producciones generadas en las tierras malagueñas, tanto en la costa como en el interior, fruto del dinamismo gestado desde los dos siglos anteriores. Este horizonte indígena, culminación del proceso formativo de la cultura ibérica en Aratíspi, fase denominada Ibérico Antiguo en otros asentamientos, viene siendo nominada por nosotros como Iberopúnica, al poseer una plena y marcada tradición colonial de la que no puede desligarse.

Situación de estabilidad que se va a ver modificada en los registros secuenciales de este asentamiento en unos momentos fijados en las postrimerías del s. VI y la mayor parte

del s. V a.C. Momentos en los que por un lado se destruyen las estructuras murarias del hábitat y desaparecen los materiales cerámicos decorados con engobe rojo, y por otro, perduran las facies restantes y surgen nuevas formas, unas sin tratamiento superficial, otras con la nueva temática ornamental pictórica de los semicírculos concéntricos, los sectores de círculos y los meandros verticales. Panorama confuso en los que se aprecian atisbos de ruptura con la etapa anterior así como un grado de continuidad del *status* existente, potenciado ahora con nuevos aportes en la cultura material. Posible manifestación de un cambio de relaciones políticosociales de las gentes que habitaban en Aratispi, y que podrían explicarse, como indicamos en otro lugar (Perdiguero, M. 2001), como el testimonio, en el ámbito interior de las tierras malagueñas, de aquellas alteraciones, reestructuraciones o abandonos, observados en los enclaves coloniales mediterráneos a mediados del s. VI a.C. (Aubert, 1986). Fechas que contemplan, en esta nueva situación creada, la intensificación de las importaciones griegas a nuestras costas (Recio, A.1996), fenómeno producido, posiblemente, como consecuencia de las nuevas miras que ahora, con las transformaciones que se están produciendo, experimentan los intereses de los enclaves púnicos del litoral malagueño (Martín, J. A. *et al.* 1992)

EL HORIZONTE CULTURAL DEL IBÉRICO PLENO

La plenitud de la cultura ibérica en las tierras malagueñas se gesta en los momentos de inestabilidad que caracterizan al s. VI a.C. Siguiendo a las reestructuraciones y abandonos de los enclaves costeros coloniales indicados líneas atrás, las sociedades indígenas de finales de ese siglo y durante el s. V a.C. experimentan reestructuraciones territoriales promovidas por la jerarquización del poder y

la organización de nuevas estructuras de carácter social y económico. El control político se centraliza en el *oppidum*, desapareciendo totalmente los pequeños asentamientos sin defensas de carácter agrícola. Ahora se levantan torres de vigilancia garantes del control territorial y de las vías de relación que lo cruzan (Recio, A. 1997-98). En Aratispi, los comienzos del s. V a.C. quedan fijados en unas secuencias donde aún se aprecian los núcleos cenicientos y restos carbonizados que singularizaron los momentos finales del s. VI a.C., junto a ellos, el material cerámico extraído manifiesta una evidente dispersión e incoherencia de sus fragmentos. Ese acervo material queda caracterizado por la presencia de facies de superficies no tratadas, arcillosas, como las ánforas Mañá-Pascual A4 y aquellas otras de bordes engrosados, de sección almadrada o circular, propias de la cultura material ibérica. Completando el nuevo repertorio cerámico se produce la llegada de la temática ornamental vascular de los meandros verticales, los semicírculos concéntricos y los sectores de círculos, todos en color rojo sobre superficies tratadas con engobe, a veces pulido, de tonos cremas.

Los motivos que sustentan estos cambios en el interior de nuestra provincia no están aún suficientemente explicitados. Para las alteraciones fijadas en las secuencias arqueológicas durante gran parte del s. V a.C., se ha aducido que podrían ser causadas por las tensiones creadas por la clase dirigente ante el *status* centralista, con la aparición de unos cuadros jerarquizados que rompen las relaciones de parentesco existentes. Aproximación hipotética político-social que se aplica para explicitar las causas que motivaron esas alteraciones. Pero tales hipótesis no explican la irrupción de los materiales cerámicos con nuevas tipologías y nuevas decoraciones.

Por otro lado, es palpable la preponderancia y auge de Cartago en el Mediterráneo

central y occidental en estos momentos, en los que no son ajenos sus intereses por los productos de nuestras tierras, lo que motivarían consecuentes cambios en las prioridades comerciales y en los centros que los elaboraban o los canalizaban, entiéndanse los enclaves costeros. Algunos autores se inclinan por ver en esos cambios las manifestaciones de inmigraciones norteafricanas de comerciantes (Marín, M. C. 1996) o de agricultores (López, J. L. 1992). Fenómeno social y económico generalizado en el Mediterráneo occidental desde el s. V a.C. y durante las dos centurias siguientes, en las que Cartago mantiene igualmente estrechas relaciones con Ibiza y con el Sureste peninsular, pensándose, como hipótesis consecuente, en la presencia activa de gentes norteafricanas en esas tierras (Arteaga, O. 2001). Esta situación, bien pudiera explicitar la presencia de los citados nuevos materiales cerámicos en Aratispi, al igual que podría explicitar, tomando en consideración las relaciones y acuerdos en política comercial con Gadir, la presencia de las ánforas Mañá-Pascual A4 y A5 procedentes de esa área, en el Mediterráneo central, llegando, en conexión con las rutas del comercio griego, hasta Corinto y Atenas (Arteaga, O. 2001). Así mismo, a estas producciones gaditanas podrían sumárseles, dentro de un mismo derrotero comercial, las ánforas A4 fabricadas en algunos enclaves costeros mediterráneos (Aubert, M. E. *et al.* 1999; Martín, E. *et al.* 1993-94).

Si como indicamos, la presencia de las nuevas decoraciones en Aratispi, en concreto, la temática de los semicírculos concéntricos pendientes de franjas horizontales de diversas anchuras, podrían estar insertas en el protagonismo creciente de Cartago en la Península, su procedencia no puede relacionarse con ella. En los registros arqueológicos de Cartago no aparece esta temática ornamental pictórica (Cintas, P. 1970), sí en cambio, deco-

raciones similares, aunque muy escasas, se documentan en Tiro, desde principios del s. VIII a.C. (Bikai, P. 1979). Mínima presencia que inclinan a pensar en el carácter foráneo de las mismas, como meros influjos de otros focos productores.

El tema de semicírculos concéntricos pendientes de franjas horizontales decorando a un tipo de *skyphos* aparece, desde el s. VIII a.C., en la isla de Eubea como primeras manifestaciones constatables tras la época de los “siglos oscuros” griegos. Estas piezas, se han localizado en aquellas zonas mediterráneas relacionadas con la expansión comercial eubea. Hacia el Este, arriban a las costas fenicias y sirias a través de Chipre, donde los fenicios iniciaron sus primeros pasos hacia Occidente con la fundación ultramarina de Kition, hito que aseguraba a Tiro el acceso a los ricos yacimientos de cobre de Tamassos. Hacia el Oeste, en época precolonial, se extienden por tres áreas del Mediterráneo central: Sicilia Oriental, no lejos de la futura colonia calcidia de Lentinoi; Etruria meridional, al norte de Roma, detectados por los hallazgos en la necrópolis indígena de Veio, y en Cerdeña, en el poblado de Sant’Imbenia (Lám. I), relacionados aquí con intereses metalúrgicos del cobre. En éste, y en el mismo contexto, se encuentra un *skyphos* eubeo decorado con semicírculos concéntricos pendientes, en color rojo, acompañando a los demás tipos de *skyphoi* eubeos precoloniales, ya conocidos en Etruria meridional y en Campania, junto a platos y otros materiales fenicios. Así mismo, se establecen, en momentos inmediatamente anteriores, en la isla de Pithecula, Ischia, en el mismo lugar elegido por los fenicios en su tráfico comercial con los indígenas de Sicilia. (Ridgway, D. 1996).

De esas fechas, primera mitad del s. VIII a.C., es el *skyphos* eubeo hallado en Huelva, una de las primeras manifestaciones del mundo griego en Occidente. Hallazgo que,



Lámina 1. Fragmento parietal decorado con hoja de hiedra. Valle de Abdalajís, Málaga

con toda probabilidad, habría que relacionar con los contactos y relaciones del comercio fenicio con las colonias griegas de Sicilia y Cerdeña. Pues, como indica M. Blech, las conexiones comerciales entre los productos de uno y otro extremos del Mediterráneo, proceden de la zona central de ese mar. Fenicios parecen ser los que transportan, desde Sicilia e Italia, a finales del s. VIII a.C., las ánforas SOS eubeas y áticas contenedoras de aceite y algunas, vino, hasta los enclaves costeros de las tierras malagueñas (Blech, M. 2001).

Junto a las decoraciones de semicírculos concéntricos pendientes de franjas horizontales de Aratíspi, se dan, también por primera vez, la temática ornamental de los meandros verticales. Recurso, cuyos precedentes podrían haber sido las líneas rectas verticales, a modo de triglifo, documentadas en las decoraciones vasculares de los centros orientales. En Tiro se constata, aunque muy escasamente, en la segunda mitad del s. IX a.C. (Bikai,

M. 1979), posiblemente integrados en los mismos circuitos comerciales que portan los *skyphoi* con semicírculos concéntricos pendientes.

Es en Cartago donde este recurso ornamental lo vemos generalizado desde los primeros momentos, en la fundación del *tophet* de Salammbó, del s. VIII a.C., junto a líneas verticales que presentan suaves ondulaciones (Harden, D. 1967). Así mismo quedan documentadas en Sicilia, desde el s. VIII al V a.C. (Bisi, A. M. 1970). Estas decoraciones se han relacionado igualmente con la isla de Eubea, que lo exporta a Siria, y que con toda probabilidad llegaron a la Península con el comercio fenicio (Cabrera, P. 1986).

A finales del s. VII a.C. o principios de la centuria siguiente, ante el debilitamiento de los enclaves costeros coloniales del Mediterráneo occidental, se producen los contactos directos entre griegos de la jonia, foceos, y los indígenas de las costas meridionales de la Península, situación apreciada, entre otras,

por el aumento de las importaciones (Aubet, M. E. 1986), no sólo en Huelva, donde se centraba primeramente la constatación de esas relaciones, sino también, en los enclaves costeros malagueños de Toscanos, Mezquiti-lla, Chorreras y Cerro del Villar, (Guadalhorce), así como en Málaga-capital, en el Colegio de S. Agustín, con materiales jonios y corintios de la primera mitad del s. VI a.C. (Recio, A.1990). Las costas del Sureste peninsular se beneficiaron, así mismo, de un contacto directo con los griegos focenses, ambiente comercial que se extiende posteriormente, ya a fines del s. VI a.C., hacia las tierras interiores de la Andalucía oriental y el valle del Guadalquivir (Almagro, M. 2001). Fruto de esas relaciones pudieran ser los recipientes decorados con semicírculos concéntricos de la Alcu-dia, Elche, datados en el s. VI a.C., posiblemente artículos del comercio ampuritano (Ramos, R. 1982).

Se quiere ver, así mismo, en las costas del Sureste, y para momentos de principios del s. V a.C., la presencia de refugiados de la Jonia oriental (Blech, M. 2001). Apunta este autor el protagonismo del comercio ampuritano para la llegada de productos, cerámicos entre otros, al Sureste peninsular, relacionando así mismo con éste, a partir del último cuarto del s. V a.C., el aumento de los vasos griegos. Aunque señala esta vía de ámbito griego, no deja de considerar también las rutas comerciales púnicas, derroteros que, desde los enclaves del Mediterráneo central, de Sicilia y Cerdeña, llegan directamente al Sureste o a las costas meridionales de la Península. Por unas u otras, o bien a través de las dos, arriban a las costas, y posteriormente al interior, las decoraciones parietales de meandros verticales y semicírculos concéntricos, de antigua raigambre griega eubea, que definirán, en cuanto al acervo material cerámico de Aratispi, los inicios de los estadios plenos de la cultura ibérica. Son momentos, en torno a la

mitad del siglo V a.C., cuando las tierras malagueñas probablemente reciben, cada vez con mayor entidad, los influjos culturales del mundo ibérico del Sureste. Registrándose una vez más las antiguas conexiones que, desde los estadios finales del Bronce, venían relacionando las dos áreas. Se potencian ahora aquellos vínculos gracias al comercio grecofocense (Almagro, M. 2001).

En el orden organizativo económico-social y político, se afianzan los cambios surgidos desde la centuria anterior con la potenciación de núcleos fortificados, *oppida*, en puntos estratégicos de la provincia y el abandono de los pequeños hábitats de carácter agrícola (Recio, A. 1996). Es en este contexto, cuando se aprecian las primeras y más antiguas manifestaciones de la cultura material, en el estado actual de investigación, en los registros arqueológicos del poblado ibéricopúnico del Cerro de la Tortuga, aunque en superficie aparecen materiales de una mayor antigüedad (Muñoz, J. M. 2001). Asentamiento situado en altura, defendido por un farallón calizo continuo que circunda y eleva la cima, y que a modo de cuña orográfica se adentra y controla visualmente las llanuras fluviales consecutivas del Guadalhorce y Guadalmedina, así como la costa y las desembocaduras respectivas.

Consecuencia de esa situación fuertemente centralizadas en los *oppida*, es el cierto grado de estabilidad social y económica registrada en algunas poblaciones ibéricas, como el caso de Aratispi, donde a fines del s. V a.C., la existencia de un horno alfarero, cuya producción se documenta en uso en el hábitat, y que, en función del volumen del material apreciado por los restos conservados de la última hornada, tuvo que abastecer un mercado local de límites actualmente no precisados, hablan a favor de dicha situación (Perdiguero, M. 1994). Estado que se mantiene en el siglo siguiente con la perduración de los mismos

asentamientos y por ende la continuidad en la defensa y control de las distintas áreas y rutas de relación que las conectan (Recio, A. 1996).

A principios del s. IV a.C., las cerámicas áticas de barniz negro y las de figuras rojas experimentan una amplia difusión por todo el sur peninsular, entre ellas las denominadas “copas Cástulo”, momentos en los que estas producciones griegas y sus imitaciones están en manos de distribuidores indígenas (Blech, M. 2001). Panorama que refleja una situación en la que la expansión de los intereses griegos por las costas surorientales, con la posible conexión con la zona minera de Cástulo (Arribas, A. 1965), es contestada por los intereses de Cartago por contrarrestar esa expansión y mantener el beneficio de la plata de la zona minera del Alto Guadalquivir, que muy posiblemente sacaba por Mastia (Fortea, J. *et al.* 1970). La situación resultante del tratado romano-cartaginés de 348 a.C., mediante el que se sitúan los límites de sus respectivas influencias en la zona de Mastia, entendiéndose en estos momentos por influencia de Roma, la de Massalia, aliada suya con intereses en la zona suroriental, es la que posiblemente indujo a Cartago, que si bien conservaba un cierto control en el Mediterráneo occidental y unos apoyos, por viejas afinidades étnicas y de relaciones, en los asentamientos púnicos del sur peninsular, retirar, en aras de una mayor seguridad, la ruta de salida del metal de las proximidades de Mastia y sustituirla por otra más segura en el área de sus influencias, la salida por Malaka (Fortea, J. *et al.* 1970).

La erección de la muralla con bastiones rectangulares en torno a mediados del s. IV a.C. en Aratispi, acontecimiento manifestado por otros asentamientos en fechas anteriores en el valle del Guadalquivir (Fortea, J. *et al.* 1970) así como en las tierras de la provincia de Málaga (Recio, A. 1996), coinciden, a mediados de ese siglo, con las destrucciones

sistemáticas de poblados con una mayor o menor adscripción a la esfera comercial griega (Tarradell, M. 1961). Esta nueva situación económico-social y política de la que salen beneficiadas unas zonas en detrimento de otras, pudo ser, posiblemente, la razón de la fortificación de Aratispi. En esa línea, el auge registrado en este asentamiento una vez levantadas las murallas y su progresivo desarrollo hasta la segunda mitad del s. III a.C., fenómeno experimentado por otros *oppida* (Recio, A. 1996), no tendría sentido si dichas fortificaciones hubiesen sido erigidas en defensa de la presión cartaginesa. Más verosímil sería la hipótesis que tuviera en cuenta la tradición púnica, o si se quiere, filopúnica de Aratispi y que su fortificación obedeciera a intereses cartagineses, a los que las gentes de este asentamiento, controlador del paso de Las Pedrizas, no eran ajenos.

Por otro lado, en el *oppidum* del Cerro de la Tortuga, se está manifestando una situación similar de desarrollo y auge. En estas fechas, la importancia del poblado queda reflejada en la constatación de un abundante repertorio cerámico de excelente calidad y múltiple variedad, que se relaciona con la existencia de un Templo (Muñoz, J. M. 2001). Así mismo, es interesante comentar la presencia, dentro del conjunto de materiales cerámicos de barniz rojo, hasta ahora creemos que única en los enclaves arqueológicos de nuestra provincia, de ciertas formas típicas de la plena cultura ibérica del alto Guadalquivir y del Sureste. Se trata de los olpes bicónicos decorados, prácticamente en su totalidad, con dicho barniz, catalogados como forma “d” ó 4 en el apartado de materiales ibero-tartesios o mastienos (Cuadrado, E. 1969). Su dispersión, siguiendo a este autor, partiendo de las tierras murcianas, Archena, Cigarralejo y Verdolay, se extiende por el alto Guadalquivir, por tierras jiennenses, por las altiplanicies granadinas, y por las tierras alicantinas, manifestándose

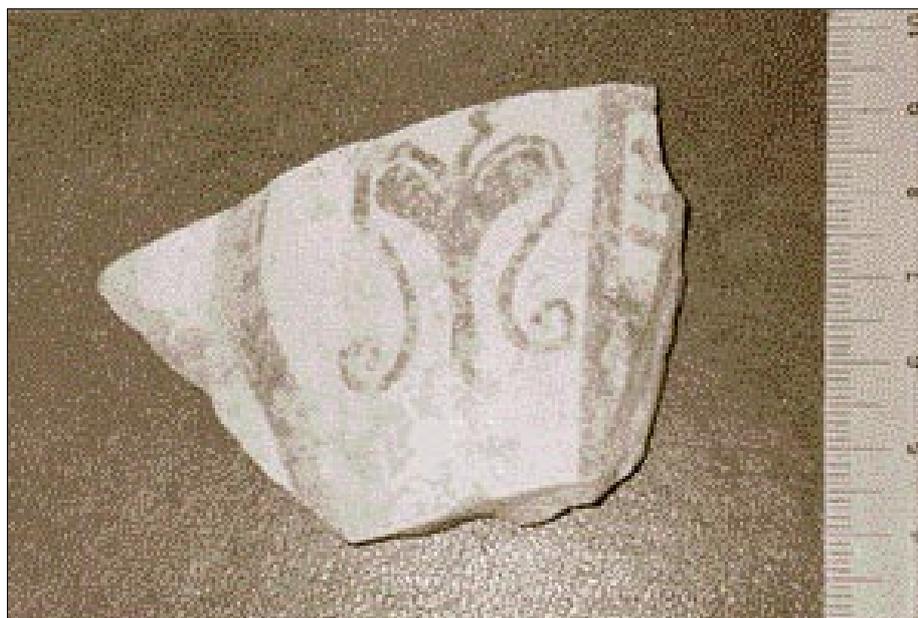


Lámina 2. Fragmento de skyphos eubeo procedente de Sant'Imbenia, Cerdeña (ridgway, D. 1996)

igualmente hasta los puntos extremos de Itálica, Cuenca y Lérida. Otras de las formas características del barniz rojo ibérico documentada en Tortuga es el plato de borde exvasado y perfil bajo, de excelente acabado brillante, catalogado como forma “a” ó 1 por Cuadrado en su clasificación de materiales ibero-tartésios. Por último, es excepcional la presencia de gran parte de una tapadera en la que, acompañando a la típica decoración de sectores de círculos y meandros verticales, se ha plasmado de perfil la figura de una cabeza humana. Manifestación pictórica, rara en las tierras malagueñas, que habría que relacionar, como bien indica Muñoz Gambero, con las vías comerciales y culturales de las tierras del Sureste. Correspondería a un recurso ornamental propio del estilo “narrativo” en las facies ibéricas levantinas del s. IV a.C. (Aranguí, C. *et al.* 1979). La presencia de esos materiales ibéricos en el poblado del Cerro de la Tortuga, una vez más manifestaciones de unos contactos con el alto Guadalquivir y el Levante meridional, representa la existencia de un núcleo poblacional ligado a la cultura

ibérica interior, inserto en un horizonte cultural de raigambre púnica, con unas relaciones, no sabríamos indicar si en un plano de entendimiento o por el contrario de cierta discrepancia, entre costa-interior, horizonte púnico-mundo ibérico, en momentos de auge de este último, aunque tal situación había sido propiciada por aquel en no poca cuantía.

Relaciones de nuevo apreciadas en las tierras malagueñas en ciertos materiales cerámicos con decoraciones típicamente levantinas. Situación que, aunque su entidad y naturaleza no estén aún sopesadas, el sólo dato de su presencia inclina a considerar la posibilidad de dichas manifestaciones. El fragmento proviene del asentamiento ibérico del Cerro del Castillo, Valle de Abdalajis (Lám. II), integrante en un contexto material cerámico de superficie adscrito a los s. IV-III a.C. (Perdiguero, M. 1980). El tema ornamental está plasmado sobre un fragmento parietal de una zona donde el perfil del recipiente es vertical y recto, correspondiendo a un recipiente cerrado, posiblemente de amplia capacidad, con fuertes ondulaciones horizontales moti-

vadas por el torno. La superficie exterior fue tratada con un engobe bien adherido y cubriente, sin tratamiento posterior, de color crema claro, circunstancia que contrasta con el color marrón rojizo de la pasta cerámica. El tema, pintado en color rojo pardo mate, está compuesto, en lo que se puede apreciar, por una estrecha franja horizontal sobre la que se dibujaron líneas inclinadas de difícil interpretación por estar en ellas la línea de fractura. En el extremo opuesto del fragmento, y también en sentido horizontal, se traza una franja suavemente ondulada de igual anchura a la anterior, recurso ornamental que aportaría dinamismo y movimiento al conjunto dibujado. El espacio existente entre las dos franjas, se ocupó con el clásico motivo de la hoja de hiedra. Ésta, estilizada, posee un pedúnculo sinuoso del que surgen, desde su inserción en la hoja, dos ramificaciones o zarcillos, simétricos, a modo de roleos. El tema está ampliamente representado, a partir del s. III a.C., en el estilo “fitomórfico” o “de representaciones vegetales”; aunque no deja de utilizarse, como motivo secundario, rellenando espacios, en el estilo “narrativo”. Su distribución abarca todo el levante peninsular (Aranegui, C. *et al.*, 1979), documentándose, en sus manifestaciones iniciales en el poblado de La Escuera, Alicante (Nordström, S. 1967).

El desarrollo apreciado en los distintos *oppida* durante la segunda mitad del s. IV a.C. en las tierras de la provincia malagueña, va a seguir manteniéndose y prosperando durante gran parte del s. III a.C. Se erigen nuevos asentamientos, posiblemente en su segunda mitad, en zonas indistintas del relieve orográfico (Recio, A. 1996). Situación que se modifica en momentos avanzados de la segunda mitad de esa centuria, cuando Cartago y Roma se disputan sus hegemonías respectivas en nuestras tierras. Ahora, se advierten alteraciones en los registros arqueológicos de los *oppida* de raigambre filopúni-

ca. Es el caso de Aratíspi, aquí, a partir de esos momentos los porcentajes cerámicos decaen bruscamente, testimonio consecuente de un drástico cese en las actividades cotidianas del asentamiento. Este repentino cambio bien pudo ser consecuencia del desfavorable curso de la primera guerra púnica que obliga a Cartago a abandonar sus intereses en la Península, hasta ese momento puramente económico. Siguiendo la hipótesis de Fortea y Bernier, esta situación motivará la supresión por tanto, de la afluencia de metal a los enclaves costeros al desaparecer la demanda que la sostenía. La documentación en Aratíspi de una pieza monetaria del tipo “Caballo parado”, emitida por los generales de Aníbal en Cartago Nova desde la partida de éste hacia Italia en el 218 a.C. (Villaronga, L. 1979), en relación con un as republicano de Jano bifronte, junto a las alteraciones secuenciales y el derribo parcial de algunos tramos de la muralla defensiva, sean elementos de juicio suficientes para poder considerar la situación de confrontación en el asentamiento en esos momentos de finales del s. III a.C. (Perdiguerro, M. 1984-85).

No ocurre igual en aquellos *oppida* de raigambre ibérica, caso del poblado del Cerro de la Tortuga, en el que sus registros de habitabilidad no manifiestan alteraciones violentas, prolongándose en el tiempo la utilización del lugar que no del recinto superior, hasta finales del s. II a.C. Fecha marcada por la presencia de una acuñación de Malaka (Muñoz, J. M. 1996). Quizás su final pudo estar en la desaparición de un sistema que lo hace obsoleto en su antigua ubicación en altura y baja a la ladera o al llano.

EL HORIZONTE IBERORROMANO DE LOS SS. II A.C.-II D. C.

La nueva situación emergida, con la cada vez mayor presencia romana, queda fijada en

los registros arqueológicos de los asentamientos como momentos de una cierta estabilidad a lo largo del s. II a.C., con un repertorio cerámico de facies ibéricas similar al siglo anterior, aunque con una mayor presencia de los materiales cerámicos de barniz negro, y alguna pieza de producción megárica, como la procedente de Aratispi. Horizonte a los que suceden las ánforas itálicas y las norteafricanas para , ya en el s. I d.C., la terra sigillata inundar prácticamente los mercados. Los materiales cerámicos ibéricos, exponentes más arraigados del acervo material de esta definida cultura, van a ir transformándose a partir de la segunda mitad del s. I d.C.,

comenzándose a utilizar el término “cerámica de tradición indígena” para ellas. Son manifestaciones de un artesanado indígena que por propia inercia se resiste al empuje de los novedosos, numerosos y de más bajo coste productos romanos. Su difusión se circunscribe al núcleo más o menos extenso donde se produjeron, aunque la excepción se pudo dar en las zonas costeras, donde por el mantenimiento de la actividad comercial mediterránea, estas cerámicas pintadas entrarían en algún circuito comercial, pero ya no son sino ecos de anteriores auges. Sucumbe a finales del s. I o principios del II d.C. (Abascal, J. M.1986).

BIBLIOGRAFÍA

- ABASCAL, J. M. (1986), *La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península Ibérica. Centros de producción, comercio y tipología*. Madrid.
- AGUAYO, P., (1997), “Análisis territorial de la ocupación humana en la Depresión de Ronda durante la Prehistoria Reciente”, en Martín, J. M., Martín, J. A. & Sánchez, P. J. (Eds). *Arqueología a la Carta. Relaciones entre teoría y método en la práctica arqueológica*. Málaga.
- AGUAYO, P., (2001), “Estructuras indígenas, comercio y comerciantes en la Época de la colonización fenicia en Málaga (VII-VIII a.C.)”, en F. Wulff, C. Andreotti & C. Martínez (Eds), *Comercio y comerciantes en la Historia Antigua de Málaga (Siglo VIII a.C.- año 711 d.C.)*. II Congreso de Historia Antigua de Málaga. Málaga.
- AGUAYO, P. *et al.*, (1987), “Excavaciones arqueológicas en el Casco Antiguo de Ronda (Málaga). Agosto de 1984”, *A.A.A./ 1985*, vol. III. Sevilla.
- ALMAGRO, M., (2001), “Segunda Edad del Hierro”, en *Protobistoria de la Península Ibérica*. Barcelona.
- ARANEGUI, L. *et al.*, (1979), “La cerámica ibérica”, en *La Baja Época de la Cultura Ibérica. Actas de la Mesa Redonda celebrada en conmemoración del 10º Aniversario de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*. Madrid.
- ARRIBAS, A., (1965), *Los Iberos*. Barcelona.
- ARTEAGA, O., (1987) “Perspectivas espacio-temporales de la colonización fenicia occidental. Ensayo de aproximación”, en *Iberos. Actas de la I Jornadas sobre el Mundo Ibérico*. Jaén.
- ARTEAGA, O., (2001), “La emergencia de la “Polis” en el mundo púnico occidental”, en *Protobistoria de la Península Ibérica*. Barcelona.
- ARTEAGA, O. *et al.*, (1975), “Los Saladares- 71”, *N.A.H.* 3. Madrid.
- AUBET, M. E., (1986), “La necrópolis de Villaricos en el ámbito del mundo púnico peninsular”, en *Homenaje a Luis Siret*. Sevilla.
- AUBET, M. E., (1987-a), *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Barcelona.
- AUBET, M. E., (1987-b), “Notas sobre la economía de los asentamientos fenicios del sur de España”, en *DArch* 3ª serie, nº 2.
- AUBET, M. E., (1997), “Introducción: Los fenicios en Málaga”, en *Los Fenicios en Málaga*, Univ. de Málaga.
- AUBET, M. E. *et al.* (1999), *Cerro del Villar- I. El asentamiento fenicio en la desembocadura del río Guadalhorce y su interacción con el hinterland*. Junta de Andalucía. Consejería de Cultura.
- BIKAI, P. M., (1979), *The Pottery of Tire*, Warminster. Inglaterra.
- BISI, A. M., (1970), *La cerámica púnica. Aspetti e problemi*. Nápoles.
- BLECH, M., (2001), “Griegos en Iberia”, en *Protobistoria de la península Ibérica*. Barcelona.
- CABRERA, P., (1986), “Los griegos en Huelva: Los materiales griegos”, en *Homenaje a Luis Siret*. Sevilla.
- CABRERA, P., (1994), “Importaciones griegas arcaicas del Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga)”, en *Huelva Arqueológica* XIII, 1. Huelva.

- CARRILERO, M. *et al.*, (1996), “Indígenas en el período orientalizante en Málaga (s. VIII-VII a.C.)”, en F. Wulff & C. Andreotti (Eds.), *Historia Antigua de Málaga y su Provincia*. Málaga.
- CINTAS, P., (1970), *Manuel D’Archeologie punique*. I. Paris.
- CUADRADO, E., (1969), “Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo tartésico”, en *Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Barcelona.
- EFRÉN, L. *et al.*, (1997), “Un poblado indígena del siglo VIII a. C. en la bahía de Málaga. La intervención de urgencia en la plaza de San Pablo”, en *Los Fenicios en Málaga*. Univ. de Málaga.
- ESCACENA, J. L., (1985), “El poblamiento ibérico en el Bajo Guadalquivir”, en *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico*. Jaén.
- FORTEA, J. *et al.*, (1970), *Recintos y fortificaciones ibéricas en la Bética*. Univ. de Salamanca nº 2. Salamanca.
- GARCIA, E., (1993-94), “Los Castillejos de Teba (Málaga). Excavaciones de 1993. Estratigrafía de los siglos VIII-VII a.C.”, *Mainake*, XV-XVI. Málaga.
- GONZÁLEZ, C., (1996), “Conquista y municipalización del territorio malacitano”, en F. Wulff & C. Andreotti (Eds.), *Historia Antigua de Málaga y su Provincia*. Univ. de Málaga.
- GONZÁLEZ, C. *et al.*, (1989), “Fenicios en Occidente. La colonización agrícola”, *RStudFen*, XVII, 1.
- HARDEN, D., (1967), *Los Fenicios*. Barcelona.
- LÓPEZ, J. L., (1992), “Los libiofenicios: Una colonización agrícola cartaginesa en el sur de la Península Ibérica”, *RStudFen*, XX, 1.
- MARÍN, M. C., (1996), “La colonización fenicio-púnica en la provincia de Málaga”, en F. Wulff & C. Andreotti (Eds.), *Historia Antigua de Málaga y su Provincia*. Univ. de Málaga.
- MARTÍN, E., (1993-94), “Aportación de la documentación arqueológica del Cerro de Capellanía (Periana, Málaga) a los inicios del primer milenio a.C. en la Provincia de Málaga”, *Mainake* XV-XVI. Málaga.
- MARTÍN, E. *et al.* (1993-94), “Los Algarrobeños”. Yacimiento fenicio en la vega del Vélez”, *Mainake* XV-XVI. Málaga. He observado personalmente los restos cerámicos adscribibles al tipo de ánfora en cuestión gracias a la amabilidad de sus excavadores.
- MARTÍN, J. A. *et al.* (1992), “Griegos en Málaga. Hallazgos, dispersión y problemática actual”, *Revista de Arqueología*, nº 133. Madrid.
- MORENO, A. *et al.*, (1982-83), “Peña de los Enamorados. Un yacimiento de la Edad del Bronce en la Depresión de Antequera”, *Mainake* IV-V. Málaga.
- MOSCATI, S., (1992), *Chi furoni i Fenici*. Torino.
- MUÑOZ, J. M., (1996), “El Cerro de la Tortuga”, en F. Wulff & C. Andreotti (Eds.), *Historia Antigua de Málaga y su Provincia*. Univ. de Málaga.
- MUÑOZ, J. M., (2001), “Cerro de la Tortuga, Málaga. El comercio en el Templo ibero-púnico del Cerro de la Tortuga a través de la cerámica”, en F. Wulff, C. Andreotti & C. Martínez (Eds.), *Comercio y comerciantes en la Historia Antigua de Málaga*. (Siglo VIII a.C. –año 711 d.C.) II Congreso de Historia Antigua de Málaga. Univ. de Málaga.
- NORDSTRÖM, S., (1967), “Excavaciones en el poblado ibérico de La Escuera (San Fulgencio, Alicante)”, *SIP, Serie de Trabajos Varios* nº 34. Valencia.
- PERDIGUERO, M., (1980), *Informe sobre los sondeos arqueológicos preliminares realizados en el Cerro del Castillo, en el Término Municipal de Valle de Abdalajis, Málaga. Agosto de 1980*. Inédito.
- PERDIGUERO, M., (1984-85), “Aratispi. Consideraciones sobre los sondeos estratigráficos previos. Una aproximación histórica.”, *Mainake* VI-VII. Málaga.
- PERDIGUERO, M., (1989-90), “Un asentamiento calcolítico en Aratispi (Cauche el Viejo, Antequera)”, *Mainake* XI-XII. Málaga.
- PERDIGUERO, M., (1991-92), “La fase del Bronce Final en Aratispi (Cauche el Viejo, Antequera)”, *Mainake* XIII-XIV. Málaga.
- PERDIGUERO, M., (1993-94), “La fase ibérica en Aratispi (Cauche el Viejo, Antequera)”, *Mainake* XV-XVI. Málaga.
- PERDIGUERO, M., (1994), “Un horno alfarero de época ibérica en Aratispi”, *Jábega* 74. Málaga.
- PERDIGUERO, M., (2001), “Aproximación al fenómeno comercial en el interior de la provincia de Málaga. El caso de Aratispi (Antequera, Málaga)”, en F. Wulff, C. Andreotti & C. Martínez (Eds.), *Comercio y comerciantes en la Historia Antigua de Málaga (Siglo VIII a.C.-año 711 d.C.)*. II Congreso de Historia Antigua de Málaga. Univ. de Málaga.
- RAMOS, R., (1982), “Precisiones para la clasificación de la cerámica ibérica”, *Lucentum* I. Valencia.
- RECIO, A., (1990), *La cerámica fenicio-púnica, griega y etrusca del Sondeo de San Agustín*. Málaga.
- RECIO, A., (1996), “Iberos en Málaga”, en F. Wulff & C. Andreotti (Eds.), *Historia Antigua de Málaga y su Provincia*. Univ. de Málaga.
- RECIO, A., (1997-98), “Informe arqueológico de Campillos (Málaga)”, *Mainake* XIX-XX. Málaga.
- RIDGWAY, D., (1996), “Relazioni di Cipro con l’Occidente in età precoloniales”, en *I Greci in Occidente*. Milán.
- ROOS, H. M., (1982), “Acerca de la antigua cerámica gris a torno de la Península Ibérica”, *Ampurias* 44. Barcelona.
- SHUBART, H., (1985), “Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1982 realizadas en el asentamiento fenicio cerca del río Algarrobo” *N.A.H.* 23.
- SHUBART, H., (2001), “La colonización fenicia”, en *Protobistoria de la Península Ibérica*. Barcelona.
- SUÁREZ, J., (1992) “Aproximación al estado de la cuestión sobre el Bronce Reciente en las tierras malagueñas”, *Baética* 14. Univ. de Málaga.

- SUÁREZ, J. *et al.* (2001), "Consideraciones acerca de los procesos de interacción entre indígenas, fenicios y griegos en Málaga. Aportaciones de la arqueología de urgencia", en F. Wulff, C. Andreotti & C. Martínez (Eds.), *Comercio y comerciantes en la Historia Antigua de Málaga* (Siglo VIII a.C.- año 711 d.C.). II Congreso de Historia Antigua de Málaga. Univ. de Málaga.
- TARRADELL, M., (1961), "Ensayo de estratigrafía comparada y de cronología de los poblados ibéricos valencianos", *Saetabi* X. Valencia.
- VILLARONGA, L.,(1979), *Numismática antigua de Hispania. Iniciación a su estudio*. Barcelona.
- VILLASECA, F. *et al.*, (1991), "Resultado de los trabajos de prospección con sondeo y levantamiento planimétrico del yacimiento arqueológico Cerro del Castillo o Castillejos de Alcorrín, Manilva, Málaga", *A.A.A./1989*. Vol. III. Sevilla.